

Y se cambia la sombra en una lívida
 Y vaga claridad.
 Es una forma de mujer angélica
 Pero difunta ya
 Y veo un rostro de virgen... ya muy pálido
 Tras un velo nupcial;
 Y la conozco... y mis miradas ávidas
 Devorándola están;
 Cuando los muertos y cerrados párpados
 Comenzó á levantar...
 Un soplo helado pasa por mi espíritu
 Y ya no supe más...

.....

.....

.....

.....

El blanco rayo de la aurora fúlgido
 Me encontró al despertar
 Arrodillado, y con la frente pálida
 Caida en el sitial.
 Y murmurando con los labios trémulos
 El nombre celestial
 De aquella mártir de mi amor, dulcísima,
 Que ha tanto tiempo ¡ay!
 A la sombra del sáuce melancólica
 Durmiendo el sueño de la muerte está.

Gallardo (Aurelio Luis)

TEXCOCO

Junto de un lago que su nombre lleva,
 De márgenes de esbeltos carrizales,
 Esa ciudad se eleva
 Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,
 De tu grandeza y esplendor sagrado,
 Sólo eres turbio río,
 Fábula ó tradicion de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,
 Grandes tesoros guardas en tu seno,
 Y riegan tus canales
 Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras
 Del bello mar, hermano del Chapala,

Rizadas y sonoras
Alzan plumajes de luciente gala.

Tus jardines esmaltan sus orillas,
Las verdes alamedas de tus valles.
¡Gentil Señora, brillas,
Con tus templos, tus plazas y tus calles!

Favorita del Sol, bañarte puedes
Cuando la luna salga entre las ondas,
Y si á su amor accedes,
¡Quizá entre flores tu belleza escondas!

Algunos de tus grandes monumentos
Desmoronados por el polvo ruedan,
Y sólo cual portentos
Los panteones de tus reyes quedan.

Ya no tremola altiva en los espacios
La púrpura imperial de tus pendones,
Cayeron tus palacios...
Medra el musgo en sus viejos torreones.

De un pueblo heróico vasto mausoleo,
Estás en pie, magnífica Texcoco,
Expléndido museo
De corta fama y de valer no poco.

El rey Nezahualcoyolt ensayaba
En tu vergel sus cantos de poeta,
Y su lira sonaba
Como el arpa inmortal del rey profeta.

Magnánimo y valiente como sábio,
Rey poderoso como fuerte y bueno,
Cantó su noble lábio
Al dios del iris, como al dios del trueno.

Que él en medio de infanda idolatría
Con fé de mártir y razon pagana,
A un sér reconocía
Luz, alma y gloria de la estirpe humana.

Así en la Grecia, Sócrates severo
Al contemplar altísimas verdades,
Ante el Dios verdadero
Posternó á las olimpicas deidades...

¡Bella ciudad! paloma que tus alas
Extiendes sobre aljófares y espumas,
En tu belleza igualas
Al cielo en esplendor, al cisne en plumas.

Si el sol con luces de oro te salpica
Tu magnífico lago al recogerlas,
Pareces concha rica
Ostentando el Oriente de tus perlas.

¡Mientras que el sol septentrional te alumbra
Reberverando espléndido en tus linfas,
Mi cántico te encumbra
¡Tumba de reyes y mansion de ninfas!

Garza (Juan B.)

CITA

De este pensil al abrigo
Solos estamos los dos,
No tenemos más testigo
Que las estrellas y Dios.

Si de la noche la calma
Te ha negado su beleño,
Amor es sueño del alma,
Ven, niña, y tendrás un sueño.

Ven; mi pasión necesita
Para calmar sus desvelos,
Tener contigo una cita
Bajo el azul de los cielos.

Abandona el blanco lecho,
Y verás que dulce suena,
Cuánto habla de amor el pecho
En una noche serena.

Cada sollozo que brota
Del alma el laud bendito,
Será para tí una nota
Vibrando en el infinito.

Si quieres quede secreto
El amor de nuestras almas,
No será, niña, indiscreto
El tronco de estas dos palmas.

Ven; aquí de mi tristeza
Te hablaré, y de mis delirios,
Mientras posas tu cabeza
Entre violetas y lirios.

Así tendré la fortuna,
El goce nunca sentido,
De ver un rayo de luna
Sobre tu frente dormido.

No vaya á causarte agravios,
Ni mucho menos enojos,
El escuchar de mis labios
Lo que te han dicho mis ojos.

Ya es justo que el corazón
De hablar de su amor acabe,

Pues tan inmensa pasión
Dentro del pecho no cabe.

A platicar te convidó
Bajo esta verde enramada,
Lo que platica en su nido
La tórtola enamorada.

Y el arrullo de tu acento
Me estremecerá de amor,
Como un suspiro del viento
Hace temblar á la flor.

Se pierden en lotananza
Poco á poco las estrellas,
Y siento que mi esperanza
Se va alejando con ellas.

.....
Sobre la montaña, el día
Esparce ya su fulgor.....
¡Oh! ¡que lenta es la agonía
Del que se muere de amor!

Gomez Vergara (Joaquin)

MIS MONTAÑAS

Léjos estoy de mi pátria,
 De mi pátria tan querida,
 Y de mi abatida frente
 La palidez enfermiza,
 No vienen á refrescar
 Sus embalsamadas brisas.
 Montañas americanas,
 ¡Hermosas montañas mías!
 En dónde canta el zenzontle
 Y do el huitlacoche anida;
 En cuyas ágrías pendientes,
 De eterno verdor ceñidas,
 El indio cuelga su choza
 Cual nido de golondrinas;
 En donde el hogar del pobre
 Con alegre fuego brilla,

Que alimenta el liquidámbar
 Con su aromosa resina,
 Y del cedro y linaloe
 Las maderas exquisitas.
 ¿Dónde están vuestros rumores
 Y aquella dulce armonía
 De las frondas apiñadas
 Que el süave viento agita?
 ¿Dónde el salvaje mugido
 Que los ecos repetían
 Del espumoso torrente,
 Que por gargantas sombrías,
 Rodando de roca en roca,
 Airado se precipita?

¡Ah! Si yo viera aquel valle
 De espléndida perspectiva,
 Con sus lagos transparentes
 En que los cielos se miran;
 Con sus azules canales,
 Con sus chinampas floridas,
 Y su cerco de montañas
 Que los pinares erizan;
 Si yo viera un solo instante
 Las siempre nevadas cimas
 Del alto Popocatepetl
 Y del gigante Ixtacihuatl,
 ¡Ay, como gozára mi alma!
 ¡Ay, cuánta fuera mi dicha!
 Pero estoy léjos, muy léjos,
 De aquella tierra bendita
 Dónde las flores no mueren
 Ni el helado cierzo silba;

Do el árbol no se despoja,
 Y entre sus frondas abriga
 Enjambres de colibríes
 Que al volar rápidos brillan
 Cual primorosa cascada
 De luciente pedrería.

Allá es más azul el cielo,
 Allá más hermosa brilla
 La luna, y el sol ardiente
 Benigno calor envía;
 Allí al cansado viajero
 Frescura y descanso brindan
 El platanar rumoroso
 Y las fuentes cristalinas;
 Allí se meció mi cuna,
 Allí mi madre querida
 Me alimentaba á su seno
 Y en sus brazos me adormía;
 Allí pasé de mi infancia
 Aquellas horas benditas
 En que el alma no conoce
 Los pesares de la vida;
 Y allí de mis tiernos padres
 Las veneradas cenizas
 Duermen, bajo los rosales
 Que sus rosas no marchitan.

¡Oásis del Nuevo Mundo!
 ¡Adorada pátria mia!
 Quiera Dios que vuelva á verte,
 Y que al acabar mi vida,
 Exhale mi último aliento
 Entre tus fragantes brisas,

Bajo tu estrellado cielo,
 Y escuchando la armonía
 De tus pájaros cantores
 Que en tus arboledas trinan.
 ¡Montañas americanas!...
 ¡Hermosas montañas mías!...

Gutiérrez Nájera (Manuel)

ACUÉRDATE DE MI

Pronto voy á perderte;
 La hora del martirio se aproxima;
 Ya se acerca mi muerte
 Y del sepulcro mírase la sima.

Cortados están ya los azahares
 Que deben coronar tu cabellera;
 ¡Ya prelude la iglesia sus cantares,
 Y el tálamo te espera!

El velo de la vírgen desposada
 Ceñirá presto tu gentil cabeza.....
 Hay en tu pecho luces de alborada
 Y en mi espíritu sombras de tristeza.

Allí el hogar te llama,
Allí te espera el anhelante esposo;
Los cirios centellean;
Del órgano el acento majestoso
Ya retiembla en la cúpula sagrada,
Y del cielo en la bóveda azulada
Los astros del hogar relampaguean.

Traspasa esos umbrales, vida mía,
Ciñe á tu frente la gentil corona,
Que aunque causas de mi alma la agonía
Es mi espíritu grande y... ¡te perdona!
El trasparente velo
Que por tus hombros sonrosados baja,
Será muralla que me oculte el cielo
Y será de mi espíritu mortaja;
Mas ¿qué importa mi espíritu y mi vida?
¿Qué importa mi afanar y mi delirio?
¡Dame el puñal sangriento del suicida
Y prepara la hoguera del martirio!
Traspasa, sí, las puertas del santuario
Para tu amor abierto;
No te asombre ese toque funerario,
Que lloran las campanas por un muerto!

Mas oye: si mi frente no se abate
Del rayo del dolor al golpe rudo,
Si mi alma sólo muere en el combate
Y al llamamiento del deber acudo;
Si el puñal acerado del suicida
De mi mano convulsa la fé arranca,
Si aún para sufrir me queda vida

Y el llanto en mis pupilas aun se estanca,
Escúchame, mi bien: cuando á tu frente
Ciñas triunfante la nupcial corona,
Recuerda al triste trovador doliente
Que sufre, que te adora, ¡y te perdona!
Y piensa, si del templo traspasaste
El umbral, de la cruz en la presencia,
Que al entrar á ese templo destrozaste
Mi esperanza, mi amor y mi creencia!

Y si escuchas del órgano sonoro
La vibración solemne y majestosa,
Que retumba en las bóvedas del coro
Y rueda por la nave misteriosa;
Piensa que allí solloza la elegía
De un corazón por el dolor transido;
Piensa que cada nota es un gemido
Que mi espíritu exhala en su agonía.

Quando postrado al pié de los altares,
Y de rubor cubierto tu semblante,
Estreches en tu mano torneada
La sacrilega mano de tu amante;
Convierte, sí, tu célica mirada
Al ángulo de lóbrega capilla,
Y si ves como imagen evocada
Una sombra en el muro reclinada
Al fulgor de la lámpara amarilla;
Y si escuchas el rápido latido
De un corazón que de amargura estalla,
Y si llevan los vientos á tu oído
El sofocado y lúgubre alarido

De un sér que lucha en infernal batalla;
 Piensa que tú engendraste su tormento,
 Que conocer le hiciste la venganza,
 Y apagando la luz del sentimiento,
 Marchitando su noble pensamiento
 En sepulcro trocaste su esperanza.
 Recuerda que mi vida envenenaste,
 Que en el abismo del dolor me hundiste
 Y á perpétuo llorar me condenaste,
 Y á maldecir del cielo me enseñaste,
 Y mi alma en los infiernos sumergiste!

Hijar y Haro (Juan B.)

EN LA PLAYA DEL MAR

A MI DISTINGUIDO AMIGO RAMON MIRAVETE

¡ Junto á la negra tempestad del alma
 Qué son las tempestades de ese mar!

AURELIO L. GALLARDO.

¡Silencio y soledad!.. ¡No hay un testigo
 De mi acerbo sufrir!.. ¡Proscrito voy!
 ¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,
 Que el bardo ausente de la pátria soy!

En el misterio de la noche bella
 Que convida en su sombra á meditar
 Vengo á decirte adios, pálida estrella,
 Ahora que duerme sosegado el mar.

(1) El doctor D. Juan B. Hijar y Haro, reside en Madrid desde hace cinco años, desempeñando el cargo de primer secretario de la Legación de México en España.

En su inmenso cristal, límpido y terso
Miro á tu luz dormir la creacion:
Un templo es de tristeza el universo
Y el silencio del mundo una oracion.

El ala de la brisa pasajera
Del cielo corta el estrellado tul,
Y las ondas que bañan la ribera
Conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca
Presagia con su aullar la tempestad:
Abre el abismo su tremenda boca
Y en su seno se ve la eternidad.

No corta el horizonte ni una vela
Ni un faro en la extension se ve lucir:
Es la noche callada que revela
El misterio sin luz del porvenir.

Ni un ave, ni una sombra, ni un celaje
Colores dan al mágico pincel,
Ni miente en su espejismo el oleaje
De la vida el fantástico bajel.

Del piélago profundo en las arenas
Se agita el mar con lenta convulsion:
Le pesan de su sueño las cadenas;
Le falta el arrullar del aquilon.

Tendido y solitario, en lo infinito,
Es del mundo la losa sepulcral:

Su destino de muerte lleva escrito
En la frente el gigante universal.

Poco á poco las olas se levantan
Y rasgan de las sombras el capuz...
¡Las sirenas del mar, por qué no cantan
De la borrasca á la siniestra luz!

A sus grutas de conchas y corales
Huyen, tal vez, transidas de pavor,
Mientras que yo entre rocas y arenales
Vago con mis recuerdos de dolor.

La costa se extremece, el viento brama;
El abismo retumba por do quier,
Y con penachos de verdosa llama
Los peñascos del mar se ven arder.

Desde el turbado, fondo las corrientes
Se levantan luchando con fragor,
Como crinadas y ásperas serpientes
Que enjendra, en las tinieblas, el pavor.

El cielo se oscurece y quedo á solas
Viendo las trombas en el ponto hervir,
Y levantarse cordilleras de olas
Del huracan al bárbaro rugir.

Zumba el áustro, y en ráfagas violentas
Entre las nubes y el abismo va...
¡Debajo de esa losa de tormentas
Cuántas tumbas, oh Dios, cuántas habrá!

Hiende el rayo la atmósfera sombría
Y en piélago sin fin se va á perder...
Envuelto estoy del orbe en la agonía
Y voy con cuanto existe á perecer.

¡Mas nada importa! Cumpliré mi suerte
En medio del naufragio universal:
Aquí tranquilo me hallará la muerte...
¡Hoy ó mañana para mí es igual!

Luchad, luchad furiosos elementos,
Que hermoso el mundo me parece así:
Tinieblas y relámpagos violentos,
Siempre al proscrito encontrareis aquí.

Cuando inflame en la rápida centella
Sus alas, tempestuoso, el aquilon,
Rompe las nubes, tú, cándida estrella,
Y escucha, allá en los cielos, mi oracion.

Más... todo torna á recobrar la calma;
Torna la blanda brisa á suspirar...
¡Junto á la negra tempestad del alma
Qué son las tempestades de ese mar!

RECUERDOS DEL HOGAR

Sobre mi hogar la muerte
Bate sus negras alas,
Y las lechuzas con siniestro augurio
En el vecino campanario graznan.

ANTONIO LUIS CARRION.

Pues lo quereis amiga, y el recuerdo
Es una flor que el corazon perfuma,
Escuchad una historia, aunque se pierda
De las viajeras olas en la espuma.

Tal vez así con mis suspiros vaya
Mecida en los escollos de los mares,
Feliz buscando la remota playa
Donde canté, con arpa entristecida,
Eterno adios á mis benditos lares,

Yo era feliz; mas bárbara la suerte,
Con descarnada faz, llamó á mi puerta:

—¿Quién sois? le pregunté: — «Yo soy la muerte»
 Respondióme al oído;
 Y al volver hácia atrás la vista incierta,
 Dejó en mis brazos á mi madre muerta.

Las flores se secaron en el huerto;
 Los árboles perdieron su verdura;
 De las pintadas aves
 Enmudeció el concierto;
 Y entre las ondas de la fuente pura
 Corriendo ví, con lágrimas de sangre,
 Gota á gota la hiel de mi amargura...

La ermita, el cocotero, el lago, el soto,
 El árbol de la siesta, en el verano,
 La roca del pastor, el puente roto,
 La paloma que cruza por el llano,
 Con profunda y mortal melancolía,
 Todo «adios» me decía.

¡Qué horrible soledad la de ese mundo
 De inanimados séres!...
 ¡Qué silencio tan hondo!
 Al marcar el reloj cada segundo
 Se hunde un siglo de llanto y de placeres
 Allá en la eternidad sin luz ni fondo.

¡Cuán triste estaba el valle!
 ¡Cuán triste la alameda!
 La solitaria calle
 De palmas y cipreces... la sauceda
 ¡Cuán triste, oh Dios, cuán triste
 Para el que sólo queda!

Bajé de una colina:
 Visité su aposento
 A la luz mortecina
 De lámpara medrosa;
 Me arrodillé un momento;
 Besé su crucifijo,
 Y dije con dolor: — Madre amorosa,
 ¿Quién regará de lágrimas tu losa
 Si te deja en la tumba
 Para siempre ¡gran Dios! tu propio hijo? —

De mi mansion querida
 Cerré la puerta, que al Oriente daba,
 Y llorando besé la cerradura,
 ¡Ay! porque allí dejaba
 De cuanto amé en la vida
 La piadosa y bendita sepultura...
 Así apuré la copa del tormento
 Y me alejé vagando á la ventura
 En mi tordo ligero como el viento.

De innúmeras montañas
 Dejé detrás las cumbres peñascosas
 Al son del viento, que en flexibles cañas,
 Añosas ceibas, y gigantes cedros
 Desgarraba sus alas tempestuosas.
 Llegué á la playa de los hondos mares
 Y dije adios á mis paternos lares!

Un soberbio vapor, *El Siglo de Oro*,
 Alzado sobre el mar como un palacio,
 En el tranquilo puerto me esperaba,

Y haciendo rumbo en el marino espacio
A hender la inmensidad me convidaba.

Miré la costa, la empinada sierra,
Y el pátrio suélo, en lágrimas fecundo,
Porque los restos de mi madre encierra,
Porque dejaba, con dolor profundo,
Bajo el yerto sudario de la tierra
Su corazón tan grande como el mundo.

¡Hijo del infortunio y los pesares,
Al són de flautas de oro,
Adios, en triste y concertado coro,
Canté en el arpa á mis benditos lares!

El mar me recibió: sobre su espalda
De montañas hirvientes,
Tendió mi nave su vistosa falda
De ondas, espumas, conchas y corrientes.

En su lecho de abismos y de rocas
El gigante Pacífico dormía;
En las tinieblas de sus negras bocas
La eternidad tremenda se veía,
Y de su seno sin medida ni horas
Una tabla no más me dividía.

Allí pasé mis solitarias noches
Mecido en brazos de la instable suerte;
Y bogando y bogando, en mi abandono
Ni amé la vida ni llamé á la muerte...
¡Y atravesé los mares
Cantando adios á mis ausentes lares!

Era una madrugada;
La bruma entre oro y púrpura lucía
Como ilusión en sueño acariciada;
Y en el marino espejo,
Que en perlas y diamantes se partía,
La luz multiplicada
En cada ola retrataba un día.

De gaviotas blanquísimas el cielo
Brillante se pobló como se puebla
La memoria de almas,
Que en cariñoso vuelo
Nos siguen en la sombra de la niebla.

—« ¡Tierra! » gritaron todos, y al instante
Tronó el cañon que saludaba el puerto;
Y el espléndido sol, en el Levante,
Alumbró de concierto
La ciudad, las montañas y el desierto.

Tremoló el pabellon de las estrellas, (1)
Entre cien banderolas,
Que empavesaron con belleza suma
Al gigante vapor entre las olas,
Sobre los campos de nevada espuma...
¡Allá dejé los procelosos mares,
Y dije adios á mis ausentes lares!

(1) El Pabellon americano.

¡DESCANSA EN PAZ!

Una tumba, un recuerdo, algunas flores
 Y un nombre... ¡el más querido!
 Es lo que resta al huérfano en la tierra
 Mientras baja á la tierra del olvido.
 El mundo, la grandeza, la alegría...
 ¡Palabras sin sentido,
 Borradas ya de la memoria mía:
 Borradas para siempre,
 Porque la flor de un sueño de esperanza
 Que la muerte nos trunca
 Dicen que no retoña nunca... nunca!

Yo lo sé por mi mal: hubo una hora
 En que la luz en que encendí mi vida
 Quise mirar, como se vé la aurora,
 Y estaba ya extinguida.

Quise volverle su amorosa llama,
 Con el beso arrancado á mi martirio,

Y herido el corazón, partido en trizas,
 Aprendí en mi delirio
 Que el soplo de la vida no se vuelve
 A un montón de cenizas...
 ¡Mi padre ya no existe:
 Es la única verdad... verdad muy triste!

Mi dicha, mi consuelo,
 El bien que más amaba
 Me dijo amante, al remontarse al cielo,
 Que tranquilo en el cielo me esperaba.

Yo recuerdo aquel rostro, aquella frente
 Que en áticos perfiles de alabastro
 Reflejaba la luz indeficiente
 Del sol del pensamiento como un astro.

Y aquel aire sereno
 Que en las amargas pruebas del destino
 Ostentaba ¡tan bueno!
 Aunque fuera de espinas su camino:
 ¡Ay, siento el corazón al recordarlo
 De amor y orgullo y bendiciones lleno!

El alto ejemplo de mi padre doma
 La oscura inmensidad de mi tormento,
 Cuando recuerdo que era
 En el tranquilo hogar una paloma
 Y en el peligro un águila en el viento.

Nunca llamó á su puerta el desgraciado
 Sin que hallara en su mesa el pan bendito,

Que siempre dió su techo al desterrado
 La paz, la libertad y la esperanza
 Que busca en todas partes el proscrito.

Por eso al emprender su eterno vuelo
 Ni una sombra anubló su frente pura:
 Al abrirse á sus piés la sepultura
 Abrió á sus ojos la esperanza el cielo:
 ¡Miró á sus hijos, se entregó á la suerte
 Y se durmió en los brazos de la muerte!

Desde entónces ¡Dios mío,
 Cuánto lloro por él, cuánto he llorado:
 Si tuviera de lágrimas un rio
 Ya se hubiera agotado:
 Como el mundo sin él sigue vacío
 Sigo hasta el fin en lágrimas bañado!

Quiero olvidarle á veces ¡qué demencia,
 Cuando siento, en mi sér, su sér impreso!
 ¡Si esta que arrastro lánguida existencia
 Nació de entre sus brazos en un beso!

Si pudiera olvidarle ¿qué sería
 De la dicha que siento al recordarle?
 ¡Luchando entre recuerdos moriria
 Sin poder olvidarle!

¡Ay! el pesar que al corazón embarga
 Es saber, por mi mal, que ya no existe.
 ¡Dolorosa verdad, verdad amarga,
 Más triste que la muerte, sí, más triste!

Yo ví espirar en angustioso día
 A mi amorosa madre,
 Despues á la hija mia:
 No le bastó á la suerte... ¡suerte impía!
 Y me robó á mi padre!...

Desde entónces errante y sin consuelo
 Exclamo, á solas, con dolor profundo:
 ¿Qué resta al corazón en tanto daelo?
 ¡Tres tumbas en el mundo!
 ¡Tres almas en el cielo!

A UN LUCERO

A MI INSPIRADO AMIGO MANUEL M. FLORES

¡Atrás, atrás magníficos salones,
Música, baile, cantos del festin;
Irritado huracan de las pasiones,
Dejadme solo delirar sin fin!

Dejadme delirar: busco el misterio,
El bosque, el templo, el solitario mar,
La calma del sepulcro, el cementerio,
La lámpara que alumbra en el altar.

¡Allá léjos de mí... quedad aparte
Sueños de amor y mundanal placer!
Génios del siglo espléndido en el arte
¿Dónde la dicha está de nuestro sér?

¿Dónde el secreto encanto del deseo
Que hace la gloria humana presentir?
¿Es un mundo que engendra el devaneo
Y que trasforma en humo el porvenir?

Vuelvan á mí los cándidos hechizos
De mis hermosas noches de ilusion,
Cuando de Laura en los sedosos rizos
Volaba enamorado el corazon.

Volvedme; pero... ¡qué!... ¡Bastardo empeño!
¿Quién vuelve la inocencia y la virtud?...
¡Sueño es la dicha, la esperanza sueño,
Sólo es verdad eterna el atahud!

Allí los aires con aplauso atruenan
Tal vez soñando la ventura hallar;
Allá las arpas de la fiesta suenan,
Aquí bramando se revuelca el mar

Suenan las arpas ¡ay! miéntras rebosa
En mi sediento lábio amarga hiel:
¡Música de tristeza dolorosa...
Para pintar tristezas no hay pincel!

Allí entre palmas, flores y banderas
Ostentan cien fanales su esplendor:
Allá en el campo azul de las esferas
Rueda en silencio el astro de mi amor

Cuántas noches de Laura entre los brazos
Su luz tranquila resbalando ví,

Entre los dulces inocentes lazos
Que para siempre, por mi mal, rompí...

¡Oh, tú, blanco lucero de la aurora,
Tú que miras mi amargo padecer,
Ven y con sombras pálidas colora
El recuerdo infeliz de esa mujer!

Es verdad que la amaba: en desvario,
La dí como un pagano adoracion;
Siempre para el'a tuvo el lábio mio
Palabras de ternura y bendicion;

Mas vino á mí la realidad traidora
Y al viento dí, sin compasion, la fé...
¡Cuánto la dicha, oh Dios, cuánto se llora,
Cuánto se llora cuando ya se fué!

Si he de vivir así, muriendo sólo,
Si á Laura dije para siempre adios,
¡Porqué insensato la existencia inmolo
De un quimérico bien corriendo en pos!

En profundo abandono y desencanto
Siento mi vida lánguida correr:
El alma triste sumergida en llanto
Deja sus alas con dolor caer.

Pero hasta aquí: no quiero ya memorias
Que alegre el pecho torne á palpar
El mundo es un serrallo y nuevas glorias
En cada seno volveré á encontrar.

Venid las que sabeis mentir amores,
Ceñid mi frente mística de laurel;
Fácil asi resbalará entre flores
De la existencia el rápido bajel.

Dejad que hiera al viento conmovido
El eco ardiente de viril cancion:
Yo busco en vuestros brazos el olvido
De mi mortal verdugo, el corazon.

¡Qué importa el fallo del destino adverso,
Ni qué del mundo hipócrita el desden!
Al través de una copa, el universo
Es un templo de gloria, es un eden.

Dejadme, por piedad, en dulces lazos,
En vuestro seno férvido morir:
Quiero espirar rendido en vuestros brazos...
¡Dios es amor... la muerte el porvenir!

Vino, caricias, cantos y placeres
Hasta agotar la última ilusion:
Música, baile, angélicas mujeres,
¡Adios quedad... murió mi corazon!

Si la tierra es un mar, triste lucero,
Donde navega el alma combatida,
Al resbalar la barca de mi vida
Tú alumbrarás mi rumbo en ese mar;
Tú alumbrarás en mi camino incierto
Los fúnebres rompientes del bajío

Y al tragarse las olas mi navío
Tú mi postrera luz también serás.

Venid recuerdos de mi edad primera,
De infantiles delirios y alegrías;
Aire de aquellos venturosos días
Último beso del materno adios...
Pero ¡ qué son, que son esos recuerdos!
¡ Humo fugaz de la extinguida gloria!
El presente es la tumba de una historia
Que creimos eterna en la ilusión.

Blando concierto de sentidas flautas
Régios salones, mágicos espejos,
Quedad del alma para siempre léjos,
Que á mí me lleva á la ventura el mar.
Primaveras mañana de mi vida;
Aurora de mi sér, siempre risueña...
¡ Cuán triste es despertar cuando se sueña
Del Paraíso en el feliz umbral.

Soñé un momento y me sentí dichoso,
Abrí los ojos y lloré despierto...
¡ Por qué si llevo el corazón ya muerto
Despierto en el erial de la razón!
Partiése la visión de los encantos,
Y emblanqueció su sombra mi cabeza...
¡ Ay, en mis horas de mortal tristeza
A tí me vuelvo, Omnipotente Dios.



Stuarde (Ricardo)

MUERTE DEL SEÑOR DON CLEMENTE SANZ

De mi olvidada cítara
¿ Por qué se exhala un canto,
Y entre cipreses fúnebres
La voz triste levanto,
Y siento ardientes lágrimas
Mi faz mística surcar?

Mi vista en vano túrbida
Te busca en hondo anhelo,
Cual busca el puerto el náufrago
En sofocante duelo,
Entre las olas móviles
Del encrespado mar.